10. El apóstol de los negros, Pedro Claver, y sus intérpretes

Antonio Bueno García
bueno@ffr.uva.es
Universidad de Valladolid (España)

Resumen

El Proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver, redactado en el año de 1696, y que nos llega traducido del latín y del italiano por el jesuita Tulio Aristizábal, del convento de Cartagena de Indias, y por Anna María Splendiani respectivamente, es una magnífica obra para conocer de primera mano los testimonios que los personajes cercanos, y en especial los intérpretes a su servicio, dieron sobre el «esclavo de los negros». Esta obra representa en sí misma la fuente más autorizada para conocer el modo en el que el santo realizaba la selección de estos mediadores lingüísticos, las competencias y funciones que les asignó, los problemas de comunicación que encontraron en el auxilio de los esclavos negros y el modo en el que los superaron. Este asunto, de gran interés para el desarrollo de la historia de los «lingua» del Nuevo Mundo, es el tema de nuestra contribución.

Palabras clave

Beatificación, testimonio, intérprete, lingua, traducción.

Abstract

The Process of Beatification and Canonization of St. Pedro Claver, written in 1696 and translated from Latin by Tulio Aristizabal —Jesuit in the convent of Cartagena de Indias—, and from Italian by Anna Maria Splendiani, is a magnificent work to learn first-hand testimonies from characters next to him and particularly, from the interpreters at his service. These translations represent the most authoritative sources in order to know the way in which this saint selected his linguistic mediators, their responsibilities and functions, the communication problems they found when helping and supporting black slaves and how they overcame these problems. This matter, which is vital for the history of the «lingua» in the new world, is the main focus of our paper.

Keywords

Beatification, testimony, interpreter, lingua, translation.

Resumo

O processo de beatificação e canonização de São Pedro Claver, datado do ano de 1696, e que nos chega traduzido do latim e do italiano respectivamente pelo jesuíta Tulio Aristizábal, do convento de Cartagena de Indias, e por Anna Maria Splendiani, é uma magnífica obra para conhecer em primeira mão os testemunhos que pessoas próximas a ele e, em especial, os intérpretes a seu serviço deram sobre o «escravo dos negros». Esta obra representa a fonte mais fidedigna para se conhecer a maneira como o santo realizava a seleção destes mediadores linguísticos, as competências e funções que lhes atribuía, os problemas de comunicação que encontravam ao ajudar os escravos negros e o modo como os superavam. Este assunto, de grande importância para o desenvolvimento da história da 'língua» do Novo Mundo, é o tema de nossa contribuição.

Palavras-chave

Beatificação, testemunho, intérprete, língua, tradução.

Résumé

Le processus de béatification et de canonisation de San Pedro Claver, rédigé en 1696, dont nous avons la traduction vers le latin, par le jésuite Tulio Aristizabal du couvent de Cartagena de Indias, et vers l'italien par Anna Maria Splendiani respectivement, c'est un travail magnifique qui permet d'obtenir des témoignages directs des personnes proches de lui, en particulier, de ses interprètes. Ce travail est en soi la source autorisée la plus importante pour connaître la façon dont le « esclave des noires « a effectué la sélection de ces médiateurs linguistiques, les compétences et fonctions assignées, les problèmes de communication trouvés dans l'aide aux esclaves noirs et la façon dans laquelle ils ont surmontés ces problèmes. Voici un travail de grand intérêt pour le développement de l'histoire des « lingua « du Nouveau Monde, c'est le sujet de notre contribution.

Mots-clés

Béatification, témoignage, interprète, lingua, traduction.

10.1. Introducción

Cartagena de Indias, fundada en 1553 por Pedro de Heredia, y situada en Nueva Granada, el extremo noroccidental de América del Sur en el Caribe, fue enclave estratégico en el marco de la conquista y administración de los nuevos territorios de ultramar de la Corona y puerto principal entre América y España. La riqueza de su comercio de productos coloniales no fue menos importante que el de esclavos, procedentes sobre todo del África occidental. Entre los personajes ilustres que jalonan su historia y dieron esplendor a la ciudad destacan, además de su fundador, hombres como Blas de Lezo (defensor de la plaza ante los ingleses) o Juan de Torrezar (gobernador dos veces), y también mujeres, como la india Catalina, de la etnia Calamarí, intérprete de Pedro de Heredia, cuyo valor es comparable en la historia de los *lingua* del Nuevo Mundo al de la Malinche (doña Marina). Por la trascendencia de su labor humana y su legado para la historia de la traducción mención especial merece también Pedro Claver, jesuita del convento de Cartagena, cuya fama traspasó enseguida fronteras.

Nacido en Verdú (diócesis de Solsona, en Cataluña) en el seno de una familia principal, Claver embarcó para las Indias Occidentales animado por su maestro de la Compañía de Jesús, Alonso Rodríguez, con el afán de cosechar almas. Conmovido con la visión desde su celda de las barcazas que traían esclavos negros desde África, se apresuró enseguida a auxiliar a estos esclavos. Ímproba tarea porque apenas lograba entender nada de ellos, lo que le llevó a idear un sistema de comunicación ciertamente novedoso, reuniendo a un número muy variado de indígenas (once) de distinta procedencia para intentar descubrir el origen o el valor de algunas palabras.

La caridad del jesuita pronto se convirtió en comentario y su fama de «apóstol de los negros» —expresión muy apropiada para definir al enviado por Dios para evangelizar a los más desfavorecidos— se difundió a uno y otro lado del Atlántico. El halo de santidad que rodeó en vida al jesuita, que llegó a bautizar a trescientas mil personas[1] le valió en el momento de su muerte (contada por Nicolás González como el paso de un cuerpo pálido y macilento al resplandor de una belleza extraordinaria) un reconocimiento unánime que, iniciado por el Consejo de la propia ciudad de Cartagena y el Capítulo después de la Catedral, se plasmó en un procedimiento urgente de informaciones sobre la vida, virtudes y milagros del esclavo de los esclavos, que desembocó en un proceso de beatificación y canonización resuelto en un tiempo récord.

Unos siglos más tarde, será otro jesuita del mismo convento de Cartagena, Tulio Aristizábal quien en colaboración con Anna María Splendiani, emprendió una labor capital para la divulgación de la historia y vida de esta aventura humanista, la traducción del proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver, hecho público en 1657 (Splendiani y Aristizábal, 2002), que representa además uno de los más importantes testimonios de la profesión de los mediadores lingüísticos o *linguas*.

1 Según testimonio del Reverendo padre Nicolás González, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, de edad de 46 años (Proceso fol. 93).

La obra constituye, en efecto, una fuente de conocimiento fundamental sobre la vida y milagros del santo y también sobre la opinión y labor de los intérpretes. Por la instrucción aprendemos cómo y desde dónde llegaron a Cartagena los esclavos, cómo se hicieron intérpretes, las técnicas que utilizaban al mando de Pedro Claver para la instrucción con los catecismos, el tiempo que estuvieron a su servicio, las actividades que ejercían; el trato que dispensaban al maestro (no siempre adecuado, a decir de ellos mismos); las lenguas de las que traducían (yolofa, angola, mandinga, portuguesa, verdesí, etc.). De la labor de traducción del propio proceso se desprenden algunos problemas de los traductores del italiano con los nombres propios españoles (Andrés Blanquecer de Loaysa, Margarita Paravesino/Paravicino).

10.2. De la esclavitud al canon

Si para la Iglesia católica canonizar quiere decir colocar el nombre de una persona en la lista de aquellos que se nombran en la parte principal del canon para servir de intercesores ante Dios y de ejemplo a los fieles, podemos igualmente decir que el proceso de canonización de Pedro Claver, hombre cabal y entregado, representa también para el mundo de la traducción una canonización del intérprete, figura destacada de su acción salvadora, y también figura central de la conquista y del desarrollo del Nuevo Mundo.

No es fácil obtener noticias tan amplias sobre el origen y labor desempeñada por estos mediadores; apenas si había trascendido información sobre escasos intérpretes, cuando de la mano de Aristizábal nos llega una amplia relación de ellos con nombre propio, descritos en sus comportamientos y tareas con claridad y naturalidad. Es tan importante su testimonio que la documentación nos permite recomponer el *modus operandi* de estos hombres, entre los que también se halla una mujer, que llegaron al oficio por casualidad, sin habérselo propuesto y que cumplieron su misión como esforzados sirvientes del maestro, pero también como esclavos, dependientes del Convento de la Compañía de Jesús. ¿Y no es esto paradójico?

Ha sido siempre motivo de debate la actitud de servicio del traductor-intérprete frente al autor y texto originales. A lo largo de la historia de la traducción la relación que el traductor mantenía con el autor original y con su texto ha sido vista desde muy diferente óptica, oscilando entre la servidumbre cabal a la libertad más amplia y libertinaje. Pero nos encontramos ahora con un auténtico esclavo sin ambages.

El papel del traductor-intérprete no se ha limitado solo a dar como resultado otro texto, sino también a corroborar la veracidad o autenticidad de lo dicho en el primero; surge así una función en su misión, que entronca ciertamente con la ética del traductor. En el proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver, el intérprete, que era antes la voz de su maestro, se convierte por virtud del procedimiento en testigo ante Dios y ante los hombres de las cualidades del mismo. La acción de dar fe de algo, que reconocemos también por su trascendencia en el intérprete jurado (auténtico fedatario público) aparece pues muy ligada al ejercicio de la profesión, un espíritu al que se suman también como en cadena los propios Aristizábal y Splendiani.

Los intérpretes del Nuevo Mundo al servicio de los españoles (ya fueran estos militares o eclesiásticos) provenían o bien de las tribus indígenas o bien del tráfico de esclavos, como estos que nos ocupan. La posición de estos intérpretes frente al grupo de esclavos imaginamos cuán delicada debió ser como intermediarios que eran; el miedo de los negros ante la incertidumbre de su destino y la sospecha de que los anfitriones, que se presentaban como amigos, albergaran otro fin al que les anunciaban, les llevaría fácilmente al recelo y la desconfianza en sus promesas. Los intérpretes en fin no han tenido nunca fácil su credibilidad; la aprensión de aquellos a quienes sirven les ha llevado en muchas ocasiones a ser considerados delatores, traidores pasados al enemigo o al servicio de otros fines o creencias. Sospechosos tanto para los que media como por los que media, su persona estará siempre en tela de juicio. En ello también radica el esplendor de su misión y su miseria en términos orteguianos. Para los españoles su servicio era impagable y consiguieron por ello prebendas y beneficios, que les hicieron escalar en el rango de la administración y en ocasiones en la propia religión. Sin duda tuvieron que enfrentarse con conocimientos precarios a una comunicación incierta y harto complicada, pero los métodos de comunicación empleados, nunca antes experimentados e ideados por los propios protagonistas, constituyeron su importante aportación a la historia de la interpretación. Imaginamos hasta qué punto su discurso dependió de los conocimientos de los intérpretes sobre su propia lengua e incluso sobre la española, que acababan de recibir. El relato de sus experiencias y el comentario sobre sus herramientas ponen bien a las claras el valor de la improvisación.

Sobre el origen geográfico y las lenguas nativas de los intérpretes esclavos, recibimos algunas noticias en la documentación del proceso: los Angola (Alonso, Ignacio y Pedro) procedían como su nombre indica de esta tierra africana, como también Andrés Sacabuche; de Biafra (hoy Nigeria) venían otros reconocibles también por su apellido (Lorenzo, Manuel y Simón); Joaquín Naluo, de la tribu Nalu, o Ignacio Soso o Sosoc, de la Región de los Ríos, ambos de los puertos de Guinea, principalmente del de Cacheo; de Angola: Andrés Sacabuche, Ignacio Albañil o el propio Angola; Francisco Yolofo —a no confundir con Francisco de Jesús Yolofo— (Jolof. Jolofe, Wolof. Jalofo) nos incita a pensar en un origen en el África blanca portuguesa[2]. Algunas de las lenguas en las que servían de intermediarios eran la yolofa (wolof), angola, mandinga, portuguesa, verdesí, monzolo o folupa.

En las casi 600 páginas que ocupa este proceso afloran cientos de comentarios y vicisitudes, contados en 70 declaraciones por 154 testigos en vida del padre Claver, entre los que se cuentan desde el gobernador de Cartagena de Indias al último esclavo, pasando por cirujanos, enfermos, comendadores de diferentes órdenes, hermanos de orden, secretario del capítulo, visitadores, predicadores, miembros del Santo Oficio, negociantes de esclavos, esclavos (negros y mulatos), libertos, albañiles, carpinteros, zapateros, aprendiz de barbero, sacerdotes, militares (capitanes

2 Véase Bartolomé de las Casas, O. P. *Brevíssima relación de la destrucción de Africa; preludio de la destrucción de Indias-primera defensa de los guanches y negros contra su esclavización*. [Estudio de Isacio Pérez Fernández, O. P.]. Salamanca: Editorial San Esteban, Instituto Bartolomé de Las Casas, 1989, p. 202-214. (Texto escrito en la década de 50 del siglo XVI, publicado por primera vez en 1875, como parte de la Historia de las Indias, del mismo autor).

y generales de galeones), escritores, licenciados, juez, abogados, escribanos del registro, músicos, cantantes, mendigos, leprosos (y quienes les atendían), niños, viudas, encomenderos, hacendados, testigos de la conversión de alguien, de sus milagros o asistentes al funeral, y un puñado de intérpretes, como declarantes.

Desde el punto de vista documental es importante señalar que los nombres de todos ellos figuran junto a su testimonio. Solo de intérpretes nos llega referencia de hasta 32 individuos, que actúan como declarantes (9) o que aparecen citados por otros (23). Fueron testigos los intérpretes: Ignacio Angola (o Albañil), Antonio Congo, Diego Folupo, Francisco José, Ignacio Soso, Francisco Yolofo, José Monzolo, Andrés Sacabuche y Francisco de Jesús Yolofo, que participaron hasta en 20 dosieres. Los otros 21 aparecen citados por otros declarantes en el proceso, pero no intervinieron directamente en el proceso, nos referimos a: Alonso Angola, Pedro Angola, Antonio («flauta»), Lorenzo Biafra, Simón Biafra, Domingo Bran, Francisco Bran, Manuel Bran, Manuel Biafra, Lorenzo Cocolí, Ventura Cocolí, Domingo Folupo, Francisco Folupo, Ignacio Guayacán, Feliciano de los Ríos, Antonio Valanta, Juan Yarca, Lorenzo Zape, Joaquín Naluo, Bartolomé Naluo, Juan Primero, Nicolás Criollo, y, entre todos estos hombres, una mujer que brilla con nombre propio: María de Mendoza.

Los testigos hablan en efecto de otros intérpretes que conforman el grupo de Claver, pero también por supuesto de sí mismos y entre los testimonios no faltan rasgos de autocomplacencia o autoelogio, como cuando Francisco Yolofo, describe su papel y sus conocimientos:

> En cierta ocasión estando un negro de nación mandinga muy enfermo, en casa de Doña Ventura de Puertollano que habitaba en aquel tiempo en la calle que está arriba del Convento de santo Domingo, que se llamaba 'De Alcibia' y el esclavo se llamaba Juan Mandinga, llamaron al padre para que lo confesara y él llevó a este testigo para que le sirviera de intérprete porque no solo sabe la lengua yolofa sino también la mandinga y la verdesí (*idem,* p. 112).

Tampoco faltan los rasgos de denuncia entre ellos, como el realizado contra Manuel Bran, que trataba «mal» al padre y a veces «se comía los mejores bocados de lo que le llevaba a su lecho de enfermo» (*idem*, p. 575).

Los nueve intérpretes que declararon lo hicieron por este orden en las siguientes veinte partes:

1 *Declaraciones de los testigos sobre la dedicación y trabajo del Venerable Siervo de Dios en la administración del bautismo a los negros infieles y en su instrucción* (Andrés Sacabuche, Ignacio Angola, José Monzolo, Francisco Yolofo e Ignacio Soso).
2 *Declaraciones de los testigos sobre los trabajos del Venerable Siervo de Dios para explicar la doctrina y predicar otros piadosos ejercicios* (Andrés Sacabuche, Ignacio Soso, Ignacio Angola, José Monzolo y Francisco Yolofo).
3 *Declaraciones de los testigos sobre las misiones del Venerable Siervo de Dios en procura de la salud de las almas* (Andrés Sacabuche, Diego Folupo y Francisco Yolofo).
4 *Testimonio sobre la exacta observancia de la regla* (José Monzolo).

5 *Declaraciones de los testigos sobre la penitencia del Venerable Siervo de Dios* (Andrés Sacabuche, Ignacio Angola y Francisco Yolofo).
6 *Palabras de los testigos sobre la constancia del Venerable Siervo de Dios en escuchar las confesiones* (Andrés Sacabuche, Ignacio Soso, Ignacio Angola, José Monzolo y Diego Folupo).
7 *Declaraciones de los testigos sobre el celo del Venerable Siervo de Dios en eliminar los vicios.* (Andrés Sacabuche, Ignacio Soso, Ignacio Angola, Diego Folupo y Francisco Yolofo).
8 *Declaraciones de los testigos, escogidas entre muchas otras, sobre el celo por la salud de las almas del Venerable Siervo de Dios* (Andrés Sacabuche, Antonio Congo, Ignacio Soso, Ignacio Angola, José Monzolo, Diego Folupo y Francisco José).
9 *Declaraciones de los testigos acerca de la ardiente caridad del Venerable Siervo de Dios con los enfermos, especialmente con quienes estaban en los hospitales* (Andrés Sacabuche, Ignacio Soso, Ignacio Angola, José Monzolo, Diego Folupo y Francisco Yolofo).
10 *Declaraciones de los testigos sobre la ardiente caridad del Venerable Siervo de Dios con los presos y condenados a muerte* (Andrés Sacabuche, Ignacio Angola, Francisco de Jesús Yolofo, Diego Folupo y Francisco Yolofo).
11 *Declaraciones de los testigos sobre las limosnas y otros actos de caridad del Venerable Siervo de Dios* (Andrés Sacabuche).
12 *Declaraciones de los testigos acerca de la misma caridad, y de otras muchas cosas* (Andrés Sacabuche, Ignacio Soso, Ignacio Angola, José Monzolo y Francisco Yolofo).
13 *Declaraciones de los testigos sobre la devoción del venerable siervo de Dios a la Bienaventurada Virgen; sobre el rezo de las Horas canónicas y otras prácticas piadosas* (Ignacio Angola y Francisco Yolofo).
14 *Declaraciones de los testigos sobre la castidad, honestidad y modestia del venerable siervo de Dios* (José Monzolo).
15 *Declaraciones de los testigos sobre la extraordinaria pobreza del venerable siervo de Dios* (Andrés Sacabuche).
16 *Declaraciones de los testigos sobre la paciencia del venerable siervo de Dios* (Ignacio Angola, José Monzolo y Diego Folupo).
17 *Declaraciones de los testigos sobre la templanza y abstinencia del venerable siervo de Dios* (Andrés Sacabuche e Ignacio Angola).
18 *Declaraciones de los testigos sobre la profunda humildad del venerable siervo de Dios, entre muchas otras virtudes* (Andrés Sacabuche e Ignacio Angola).
19 *Declaraciones de los testigos sobre la levitación de su cuerpo en éxtasis* (Diego Folupo).
20 *Declaraciones de los testigos sobre la fama de santidad, exequias y devoción del pueblo ante el sepulcro del venerable Siervo de Dios* (Andrés Sacabuche, Ignacio Soso, Ignacio Angola, José Monzolo, Francisco de Jesús Yolofo, Diego Folupo y Francisco Yolofo).

De lo que se desprende que sirvieron al proceso hasta en sesenta y nueve ocasiones, siendo el más prolífico de todos los intérpretes Andrés Sacabuche, que declaró hasta en quince ocasiones; seguido de Ignacio Angola, que lo hizo en catorce; de José Monzolo y Francisco Yolofo que prestaron declaración ambos en diez

ocasiones; e Ignacio Soso y Diego Falupo en ocho. Por su parte, Francisco de Jesús Yolofo intervino en dos, y los restantes intérpretes: Antonio Congo y Francisco José en una sola cada uno de ellos.

Sobre las primeras acciones del padre Claver con los esclavos nos aclara también el proceso el estado tan miserable en el que llegaban los negros a Cartagena, que aparece descrito con realismo en algunas declaraciones: «El gran hedor y mal olor que expiden los negros, causado por las muchas enfermedades contagiosas con las que llegan a estas partes, pasando trabajos en el mar y muchas incomodidades, siempre desnudos y mal alimentados[3]» (*idem*, p. 85), reclama del padre Claver una acción amorosa y urgente:

> Se ponía de rodillas dando gracias a Dios por haberles dado un próspero viaje para la salud de sus almas, y la primera cosa que hacía era averiguar su país para buscar intérpretes con los cuales pudiera catequizarlos e instruirlos en nuestra santa fe, como de hecho los buscaba y los tenía listos para tal efecto (*idem*, p. 86).

Y los intérpretes empezaban a actuar con los esclavos con caridad y gran celeridad:

> Al llegar, les daba la bienvenida por medio de los intérpretes, abrazándolos y acariciándolos con mucho amor y celo, y enseguida preguntaba si había algunos enfermos en peligro y si habían nacido algunas criaturas en el viaje. En caso afirmativo, preguntaba si habían recibido el agua. Si no los bautizaba inmediatamente. Y hacía lo mismo con los enfermos cuando había peligro, catequizándolos e instruyéndolos en lo necesario por medio de los intérpretes según el tiempo y las circunstancias se lo permitían. (*Ibidem*)

Pero no siempre fue así, a decir de otro testigo:

> Cuando el padre Claver se hizo más anciano, no iba personalmente a las naves sino que enviaba a los intérpretes para que dieran la bienvenida en su nombre a los que llegaban. Pero cuando iba a los navíos, al regresar contaba a este testigo lo que ha declarado (*idem*, p. 87).

Una de las primeras cosas que hacía el padre era ofrecerles regalos para ganar su confianza:

> Narraban los citados intérpretes cómo el padre Claver, después de haber hecho todo lo dicho arriba en los navíos, distribuía los regalos que llevaba a los negros, entregándolos a los enfermos con su propia mano y metiéndoles los bocados en la boca para que los comieran y se consolaran (*idem*, p. 88).

3 Testigo el Reverendo padre Nicolás González, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, de edad de 46 años (Proceso fol. 93).

Como al puerto de Cartagena arribaban los esclavos, pero este no era siempre el último destino, pues a partir de aquí partían en «armazones» a otros lugares, como el Perú, el destino más habitual, trataba de consolarles y de presentarles un panorama idílico en tierra con la ayuda de los intérpretes:

> Instruía a los esclavos a través de los intérpretes animándolos para que no temieran, y avisándoles que iban a tierras muy buenas y que en ellas no recibirían ningún daño, antes si se comportaban bien encontrarían amos muy buenos que los amarían, los tratarían con cariño y tendrían mucho cuidado de ellos. Les decía también que ya había hablado a los que los transportaban para que tuvieran gran cuidado de ellos. Y en efecto responsabilizaba a éstos de la obligación que tenían de cuidar a los esclavos, y ellos se lo prometían (*idem,* p. 97).

10.3. La posición de los intérpretes y del padre Claver

La figura del intérprete es altamente valorada por el padre Claver; la consideración que él tuvo sobre ellos aparece descrita en los comentarios que los testigos hacen sobre su labor e incluso sobre la posición que estos adoptaban en el lugar de encuentro con los esclavos (su canon, como decíamos). Cuando los intérpretes intervenían, el padre Claver quería que estos estuvieran sentados en sillas, mientras él se sentaba en un pequeño banco, hecho con una caneca[4] vacía (*idem*, p. 96). Así nos lo cuenta el padre Nicolás González[5]:

> [...] acomodaba los intérpretes en asientos altos con espaldar y él se sentaba en una caneca vacía, que es la manera más incómoda de hacerlo; y eso, solo cuando se encontraba ya muy cansado de instruir y predicar a los esclavos mediante los intérpretes, pues de ordinario estaba de pie con un bastón y una cruz en la mano izquierda como los que usan los religiosos de la Compañía cuando enseñan la doctrina a los jóvenes por las calles.

Pero esta posición no dejaba de provocar reacciones en el entorno:

> Sucedió muchas veces que mientras el padre se encontraba sentado de esa manera y los intérpretes en sus asientos altos con espaldar, entraban algunas personas importantes y de autoridad, en particular sacerdotes; y viendo a los intérpretes sentados con tanta autoridad y al padre tan incómodo y de manera tan vil, iban enseguida a reprender a los intérpretes y a pegarles diciéndoles que eran perros malcriados e indiscretos porque estaban sentados en sillas y permitían que el padre estuviese sobre una caneca» (*idem*, p. 90). [...] Cuando alguna persona entraba en las casas donde estaban los negros que vienen a esta ciudad [...] y observando al padre en la forma arriba

4 Vasija grande de barro vidriado.

5 Testigo el Reverendo padre Nicolás González, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, de edad de 46 años. Proceso fol. 93.

> dicha sentado sobre una caneca vacía y los negros intérpretes que le ayudaban en las sillas, se indignaba contra éstos pareciéndole una descortesía excesiva. El padre les respondía que él no hacía nada en aquel negocio y que aquellos negros intérpretes eran los que obraban en todo, y por eso debían ocupar el mejor lugar. De lo cual todos se edificaban mucho y alababan a Dios al ver una humildad tan prodigiosa. Aunque este testigo vio esto muchas veces como lo ha declarado, no se acuerda de alguna persona en particular de las que reprendieron a los intérpretes, excepto a lo que le parece el licenciado Esteban de Mayo, sacerdote, quien al presente vive en esta ciudad. Y se remite a lo que dirán y declararán los intérpretes, que son Andrés Sacabuche, Ignacio Angola, Ignacio Soso y Francisco Folupo y otras personas que lo vieron, porque este trabajo lo hizo públicamente en la ciudad por espacio de cuarenta años aproximadamente (*idem,* pp. 90-91).

Hecho que también corrobora Francisco Yolofo, citando a otra autoridad que se molestaba al ver tal posición de maestro y esclavos, el Castellano Don Antonio de Subiza:

> Hacía traer asientos altos y con brazos para los intérpretes y él se sentaba en algún odre vacío o en algún banquito o pedazo de madera. Y muchas veces al entrar algunas personas de autoridad de las que no recuerda sino al Castellano Don Antonio de Subiza, Caballero del hábito de Santiago, viendo al padre tan mal acomodado y mal sentado, se molestaban mucho preguntando cómo era posible que los intérpretes estuvieran sentados con toda autoridad y el padre sin ninguna. Él se levantaba y decía, defendiendo a este testigo y a todos los demás intérpretes, que ellos eran los más necesarios en aquel oficio y él figuraba poco en eso; y que por ello debían estar con toda autoridad, para que los esclavos les tuvieran respeto y dieran crédito a cuando les decían (*idem*, p. 115).

Por lo que a él respecta, su posición también tenía mucha importancia y era algo cuidado y estudiado conforme al propósito que le guiaba: la instrucción cuidadosa de los negros y su bautismo en la fe:

> Para administrar el bautismo se ponía en la mitad del navío rodeado de los esclavos, y por medio de los intérpretes les decía que había venido para ser padre de todos y para que fueran bien recibidos en la tierra de los blancos donde habían llegado, dándoles muchas otras razones y palabras de amor y de celo para quitarles el temor que esta pobre gente siempre tiene, pues creen que los blancos los traen a su tierra para matarlos y hacer de ellos manteca, de lo cual los convence el diablo en sus países. Y ellos lo creen tan firmemente, que si no fueran desengañados por los religiosos de la Compañía, se dejarían morir de angustia al llegar a esta ciudad. Por esta razón era muy importante el cuidado que tenía el padre de borrar este engaño mostrándose benigno y dulce con todos, brindándoles muchas caricias y demostraciones de amistad (*idem,* p. 87).

La actuación guardaba siempre un alto valor simbólico y la comunicación con los esclavos se hacía pues siempre a través de los intérpretes. También la administración de los sacramentos. En el momento solemne del bautismo y de la administración del agua, nos cuenta un testigo que se les preguntaba:

> «Dos o tres veces, por medio del intérprete que estaba presente, si la quería recibir por el bien de su alma. Después que el esclavo contestaba que sí, le rociaba el agua del bautismo sobre la cabeza mojándolo muy bien con ella. Los iba separando de diez en diez, como se ha dicho, porque a cada diez les ponía un nombre. [...] Después de la ceremonia avisaba a todos juntos, cristianos y recién bautizados, por medio de los intérpretes, las obligaciones que adquirían de guardar la ley de Dios y sus divinos mandamientos y los de la Santa Madre Iglesia; y que trataran de no ofender a Dios ni transgredir algún mandamiento» (*idem*, pp. 94-95).

Y no acababa aquí la labor de los intérpretes en el bautismo, pues estos y algunos negros que preparaba y otros que se encontraban allí actuaban de padrinos (*idem*, p. 100)[6]. La confesión o la extremaunción se hacían también a través de ellos. Tal era la importancia de su presencia entre el sacerdote y el nuevo cristiano para dar sentido a los sacramentos. Era tanto el recato del padre que como los negros venían desnudos, cuando quería preguntarles por el bautismo, para que estuvieran con decencia cubría con su manto a los hombres quedándose él en sotana. Y para que las mujeres asistieran también decorosas, «procuraba también que los intérpretes las cubrieran y vistieran con ciertas telas de las que usan las negras en este país como pequeñas mantas, que pedía prestadas para dicho efecto». (96). Cuando acudía a verlas a la casa del amo, y como también andaban desnudas, «pedía algunos paños y ropa prestados [...] y con ellos la hacía vestir para que pudiera comparecer y estar en su presencia; y si estaba enferma acostada en el suelo sobre alguna estera y la tenía que confesar, por estar desnuda la cubría y la tapaba con su manto y enseguida la confesaba» (*idem*, p. 104).

10.4. Modo de catequizar

Andrés Sacabuche[7], otro de sus intérpretes relata cómo procedía el padre a catequizar a los esclavos antes del bautismo:

> El modo que usaba el padre Pedro Claver para catequizar a los negros era enseñándoles primero, por medio de este testigo y de los otros intérpretes a hacer la señal de la cruz perfectamente con los dedos pulgar e índice de la mano derecha; y en este solo acto solía detenerse una hora, porque los iba examinando uno a uno viendo si lo hacían bien y formaban la cruz, siendo

6 Testigo el reverendo padre Manuel Rodríguez, coadjutor temporal de la Compañía, de edad de 40 años (Proceso fol. 39).

7 Testigo Andrés Sacabuche, negro de Angola, intérprete del Venerable Siervo de Dios, de edad de 45 años (Proceso, fol. 394).

así que a veces era grande el número de aquellos, porque pasaban de trescientos y a veces de cuatrocientos (*idem*, p. 103).

Y tras ellos les enseñaba el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo, y los exhortaba a creer en un solo Dios, que era la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y que aunque fueran tres personas no eran otro que un Dios solo, y para dárselo a entender empleaba muchos recursos no verbales. Toda esta instrucción y enseñanza la llevaba a cabo durante muchos días el padre Claver, yendo con los intérpretes a verlos y a enseñarles (*Ibidem*).

Sobre otros aspectos metodológicos empleados para la instrucción de los oyentes, los propios testigos nos cuentan cómo se llevaban a cabo, de manera muy pedagógica y dialogada, con un juego de preguntas y respuestas para buen entender de los presentes:

> Antes del sermón subía este testigo [Ignacio Angola] a un banco y en otro al frente subía otro esclavo llamado Alonso de nación angola. Y decían el catecismo, interrogando algunas veces este testigo y respondiendo el dicho Alonso Angola, y otras veces interrogando el susodicho y respondiendo éste (*idem*, pp. 136-137).

Incluso en procesión iba encabezando el cortejo el intérprete, seguido de otros más, y al final del mismo el padre Claver, como relata Ignacio Angola[8]:

> Todos los domingos de Cuaresma salía en procesión por las calles de esta ciudad con todos sus intérpretes y muchos jóvenes llevando por delante un estandarte coloreado. Este testigo llevó muchas veces el estandarte, y otras veces lo llevó Alonso Angola y algunas veces Joaquín Naluo (i*dem*, p. 136).

Hecho corroborado por otro intérprete, José Monzolo, quien añade otros comentarios sobre su función en el cortejo y en la catequesis:

> [...] el padre y este testigo y todos los otros intérpretes llevábamos algunas cruces levantadas en las manos las cuales llaman 'guías', recitando todos al tono del padre las oraciones y la doctrina cristiana, y al llegar a la plaza que está frente al puente, que llaman de la Yerba, se detenían y el padre enseñaba a los esclavos el catecismo, haciéndoles muchas preguntas.[...] Después repetía el catecismo en voz alta por medio de preguntas y respuestas que se hacían Ignacio y Alonso Angola, intérpretes del padre, para que oyéndolo lo aprendieran los otros negros y negras que estaban presentes. Al final les predicaba muy de corazón (*idem,* p. 138).

8 Testigo Ignacio de nación Angola, Intérprete del Venerable Siervo de Dios, de edad de 40 años (Proceso fol. 616v.)

10.5. Otras labores de los intérpretes

Por los testimonios de unos y otros, sabemos de las habilidades y tareas que tenían además estos intérpretes: Ignacio Angola o Juan de Cobalonga eran de profesión albañil y este último llevaba también en silla de ruedas al maestro; Juan Primero y Andrés Sacabuche eran los encargados de fundir las medallas de plomo, que tenían a Jesús de un lado y a María de otro y que colocaba el padre Claver al cuello de los esclavos después de su bautismo; José Monzolo confeccionaba rosarios de jaboncillo; Antonio Flauta y Antonio Chirimía eran músicos y el primero tocaba la corneta o la flauta mientras el santo repartía el almuerzo a los pobres en la portería del colegio, y el segundo tocaba el soprano; Antonio Valanta (o Balanta) era zapatero; Andrés Sacabuche relata como los domingos y días de fiesta, cerca de las once, que era la hora en la que el padre decía la misa le enviaba a él y a todos los otros intérpretes para que le trajeran los negros bautizados a la iglesia a escuchar la misa, y este testigo y todos los otros intérpretes los llevaban y oían la misa» (*idem,* 104).

10.6. El regalo y su significado

Para acercarse al esclavo y premiarle por su comportamiento era habitual, como decíamos, que el padre los obsequiara con regalos, y ello desde que arribaban al puerto de Cartagena, donde les daba la bienvenida con galletas, plátanos, merengues, limones y tabaco, y se los enviaba a los navíos con los intérpretes[9] para que los repartieran a los esclavos y les dieran de su parte la bienvenida.

Los propios intérpretes nos hablan con todo detalle de los regalos de estampas, medallas y rosarios tras las pláticas; también del procedimiento seguido y de la procedencia de los regalos para los esclavos:

> Reunía a toda la gente que encontraba para que fueran en la procesión. Y así llegaban a la plaza que llaman de la Yerba donde hacía a todos, en especial a los negros, preguntas sobre la doctrina cristiana. Porque en esta plaza se encuentra el mayor número de éstos. Y a los que respondían bien les daba algunos premios de estampas y de medallas de indulgencia (*idem*, p. 136).

> Cuando le parecía que ya habían aprendido examinaba a todos y cada uno y verificaba si en su tierra habían recibido el bautismo o no, y a los que lo habían recibido les ponía al cuello con un hilo una medalla de plomo con Jesús de un lado y María del otro. Estas medallas las fundían en el colegio Andrés Sacabuche y otros intérpretes [...] A los que no estaban bautizados los dejaba sin medalla hasta que los bautizaba, y entonces se la ponía (*idem*, p. 106).

9 Habitualmente se encargaban de este menester; Andrés Sacabuche, Ignacio Albañil, Ignacio Soso, Domingo Folupo o Juan Primero, y en los primeros tiempos también Francisco Yolofo (113).

Algún testigo[10] relata que después de Pascua y tras gran abstinencia su mayor alegría era ir fuera de la ciudad a visitar las poblaciones de los negros para confesarlos e instruirlos y que «su regalo en esas poblaciones eran arepas de maíz con ajos y limones» (*idem*, p. 140).

Pero el tema de los regalos suscitó sin duda una gran controversia, a decir de las objeciones presentadas por el Promotor de la Fe designado por la Santa Sede para examinar todo el proceso, el P. Bottinio, Arzobispo de Mirina, quien ve en esta actitud un incumplimiento de los votos de obediencia y de pobreza.

Le servía de referencia a este juez eclesiástico que el séptimo testigo en el proceso (fol. 365) sabía que «el siervo de Dios pedía obsequios particulares para llevarlos a los negros, como era tabaco y otras cosas». Y el octavo (fol. 386) decía que el siervo de Dios se proveía «de algunos regalos, naranjas, limones, galletas, etc., para llevar a los negros». También el decimotercero (fol. 415), el decimocuarto (fol. 462) declarando sobre los regalos «[…] de plátanos, tabaco, vinos y aguardiente», y al folio 472 se decía que «[…] les hacía almuerzos muy suntuosos». Y el testigo sesenta y dos, (fol. 761), declaraba también sobre los regalos «[…] en plata y paños», y estos obsequios a veces eran en gran cantidad, según declara el cincuenta y dos (fol. 834):

> *Llevándoles muchos regalos de conservas y cosas dulces, etc., que transportaba* él *mismo en un canastico para distribuirlos, etc., llevaba consigo tres o cuatro negros cargados, en especial de tabaco*». Estas donaciones no son ignoradas por los Postuladores, pues en todas partes las reportan en el Sumario (núm.16, 17, y 18, pá. 119 a la 215) (*idem*, pp. 543).

Y concluía el Promotor:

> Esta generosidad, sobre todo de cosas no necesarias al sustento de la vida, sino meramente voluptuosas y algunas aún impropias de la condición de los pobres esclavos, parecen completamente ilícitas y por el voto religioso de pobreza impuesto por los sagrados cánones, estaba prohibida al siervo de Dios, como está contenido en el canon (N.12, punto 5): «*Ciertamente nada deben tener, poseer, dar o recibir sin la licencia del superior, y si un vecino o un amigo quisiese ofrecer algo, primero hay que hacerlo saber al prior y se recibirá si* él *lo permitiere, (notables son estas palabras) y no se disponga de ello sino en la forma que pareciere al prior*», lo cual se ha extraído de la carta 109 de san Agustín. Sobre esta licencia concedida al siervo de Dios por su superior, no existe ningún documento, ni ella puede ser presumida por la calidad de las cosas regaladas, de las cuales más bien se deduce una probable desaprobación que un permiso, como bien anota Giarson (*idem*, pp. 543-544).

Pero lo que mayormente preocupaba al Promotor «por ir contra la esencia del voto de pobreza» es lo que dijo el testigo dieciocho (fol. 510), que el siervo de Dios «[…] *tenía en su cuarto vino, miel y dátiles en conserva y algunas cosas dulces y tabaco*» (*idem*, p. 544), lo cual iba también contra aquella sobriedad y abstinencia que

10 Testigo el muy ilustre y excelentísimo señor Bartolomé de Torres, catedrático y doctor en medicina, de edad de 48 años (Proceso fol. 359v.).

los Postuladores se preocupaban por sostener en el sumario. Las reticencias sobre el proceso de canonización no se detenían aquí, también manifestó el Promotor de la Fe reservas ante otros asuntos y presentó hasta siete objeciones, entre las cuales había que observar:

> Que el siervo de Dios bautizaba a los negros en cualquier parte [...] (*idem*, p. 545).

> Parece inverosímil que en esa ciudad hubiera administrado el bautismo a más de 300.000 negros, como lo afirman los Postuladores en su informe [...] (*idem*, p.546).

> Es también impropio considerar como un acto de modestia religiosa del siervo de Dios lo que cuenta el testigo sesenta y dos (Proceso, fol.908), quien dice que levantó cierta enferma del catre con sus manos y la colocó sobre su manteo en el suelo y después, arreglada la cama, la volvió a poner en ella [...] Las cuales cosas sean dichas bajo censura, salvo [...] (*Ibidem*).

La respuesta a las Objeciones las llevó a cabo Frigidiano Castagnori del Colegio Patrón de la Causa S. P. A., en documento revisado por Andrés Pedro, Subpromotor de la fe, que rebate uno a uno todos los impedimentos en base a las declaraciones de otros testigos que demuestran que no obró contra el voto de pobreza, sino que el padre atendió no solo el alivio del cuerpo del esclavo sino también el alma, para que no se sintieran débiles en la última lucha y para procurar su salvación eterna. Y concluye: «Los Eminentísimos Padres podrán fácilmente discernir si estas siete objeciones han de identificarse con los siete pecados capitales o con las siete virtudes» (*idem*, p. 568).

10.7. Conclusión

El proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver pone de manifiesto la relación mantenida con los intérpretes y la importancia de la labor de estos en la misión humana y pastoral del sacerdote. Por la cantidad y calidad de los testimonios, sin duda podemos asegurar que estamos ante un documento fundamental para desentrañar la historia y teoría de la interpretación en el Nuevo Mundo y ante una canonización virtual de la labor de los intérpretes, que se muestran aquí en número importante de lenguas, razas y culturas.

Las declaraciones con nombre propio de los intérpretes y las alusiones a ellos por parte de los demás sirven para poner de manifiesto, además de la santidad del referido, la relación del maestro con los intérpretes y con el mensaje de salvación.

La característica singular de la naturaleza esclava del intérprete, gran paradoja dentro de este análisis, permite hacer interesantes comparaciones con la relación habitual entre el autor original de la declaración y el intérprete o de este último con el discurso original.

El tema de la ética del intérprete-traductor subyace sin duda a lo largo del proceso y provoca un interés mayúsculo. Entre connotaciones morales y profesionales,

el intérprete se mueve en un universo en el que se le reclaman unos valores de profesión de fe y de conducta como *lingua*.

La posición del intérprete destaca aquí como un asunto fundamental. Los intérpretes al servicio del humanista Pedro Claver ocupan un puesto de privilegio en la escena de comunicación por especial interés del maestro, que choca con el comúnmente admitido por su condición social. Ante la crítica de unos y de otros e incluso la desconfianza que proyecta su intermediación (verdadero hándicap en su misión), el intérprete ocupa el lugar que en justa lid le corresponde al ser o al servir a la palabra fundamental. Indiscutible es también el bagaje profesional del intérprete y la importancia de otros conocimientos suyos: los oficios aquí declarados del intérprete (músico, artesano, fundidor, carpintero, etc.) son comparables a los conocimientos del traductor, esenciales para la buena transmisión del mensaje. Cierto es también que se establece aquí una categoría no menos desprovista de significado: la de los intérpretes declarantes (nueve) y la del resto (veintidós), que llevada al terreno de las ideas sería igualmente una metáfora del compromiso establecido con el autor y discurso original.

El miedo o recelo experimentado por los esclavos ante su destino le lleva al padre Claver a transmitirles un mensaje especial de consuelo para inducirles esperanzas, que podría ser también metáfora de la propia condición de mediación del intérprete, pues permitir comprender es también inducir a no temer.

Si la posición antes mencionada o las palabras tienen un valor eminentemente simbólico, también los gestos llenan de sentido a la instrucción y a la acción catequética del maestro: el abrazo, la bienvenida, la señal de la cruz, el agua del bautismo, el regalo… De ahí el interés que reclama una futura investigación de carácter intersemiótico sobre el asunto.

El regalo presenta sin duda un significado especial en la labor del autor y de los intérpretes. Si el don de la comunicación puede ya sentirse como regalo en el universo de la mediación, el regalo adquiere también una connotación negativa en cuanto puede convertirse en un elemento claro de manipulación de la libre voluntad o del discurso. Sin duda así lo vio el Promotor de la Fe, figura primordial del proceso de beatificación y canonización, que expresó sus reservas sobre la verdadera intención del padre Claver y vio además en este acto una señal de incumplimiento de los votos de obediencia y de pobreza. Pero el pecado que pudo trascender del acto de regalar no era tan importante, y así lo vio el juez en su Respuesta, como las virtudes que su autor demostró por la acción de cura de cuerpos y almas de los negros; un regalo en definitiva para la vida del esclavo, como lo fue la interpretación que dieron y recibieron en un ámbito de incomunicación extrema.

10.8. Referencias bibliográficas

Casas, Bartolomé de las, o. p. *Brevíssima relación de la destrucción de Africa; preludio de la destrucción de Indias-primera defensa de los guanches y negros contra su esclavización.* [Estudio de Isacio Pérez Fernández, o. p.). Salamanca: Editorial San Esteban, Instituto Bartolomé de Las Casas, 1989.

Splendiani, Anna Maria y Tulio Aristizábal, S. J. *Proceso de beatificación y canonización de san Pedro Claver* (traducción del latín y del italiano). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Universidad Católica de Táchira, 2002.